

# En primera persona

---

## UNA MOZA CON MOÑO (Estampa de costumbres)

*José García Vico*



*La chiquita piconera* (1930). Cuadro de Julio Romero de Torres.

**E**l moño tuvo su predicamento en muchas épocas históricas; fue algo consustancial a las féminas, sirviéndoles no solamente de adorno cabelludo sino de largo entretenimiento a la hora del peinado. “Hacerse el moño” no era ninguna fruslería. Las crónicas del moño nos relatan cómo desde la aristócrata a la pastora, todas las hembras moñeras respetaban la hora del moño como si de un rito se tratase. Y lo era en verdad, porque un moño bien hecho y para todo el día, no se enroscaba en la cabeza deprisa y corriendo como pudiera pensar cualquier indocto.

Había quien se hacía el moño por sí sola y quien necesitaba auxilio de terceros para plantárselo debidamente. Generalmente, las mujeres ricas o de alta alcurnia gozaban de peinadoras a domicilio que les hacía el moño a capricho, según los días de la semana: moño alto, moño bajo, moño plasta, moño ni alto ni bajo...



*Viva el pelo* (1928). Cuadro de Julio Romero de Torres.

El pueblo llano se hacía el moño por sí. Las mujeres de condición humilde, fornidas y sanas como manzanas rutilantes, llenas de buenos aires serranos, cogían una jofaina por las mañanas después del aseo de la casa y, entallando entres sus rodillas un espejo, las más de las veces roto, se pasaban y repasaban por la sedosa crencha los peines de púas mojándolo a intervalos con la mano diestra en el agua, mientras la siniestra sujetaba la cola del pelo por su inicio, entre los dedos índice y pulgar formando anillo. De este rito conservamos el mejor recuerdo de las mujeres que servían en los cortijos, de gran belleza natural y generosos moños.

Romero de Torres y otros poetas del pincel, le han dedicado bellos lienzos, lo que pone de relieve la importancia del apéndice capilar como tema pictórico y literario en todos los tiempos.

Nosotros vamos a centrar el tema en una moza de nuestros años juveniles, prototipo de garbo y belleza y que hoy nos la recuerda la exquisita y guapa Conchita Márquez Piquer, hija de otra guapa con moño: Concha Piquer.

Antonia, la hija de *Frasquito "el Cantón"* era una mujer guapa. Una belleza natural que pasaba bien sin polvos ni coloretes. Una cara fresca y lozana como una rosa recién cortada, de grandes ojos negros, pelo castaño oscuro, esbelto talle y mirar dulce: un poema hecho mujer.

En la lejanía de los años, la vemos bajar en la mañana de cualquier día por la pina calle *Cobos Alta*, vestida de percal camino del *Moralejo* o a la tahona de *Ramón "el Pollo"*, portando graciosa a la cadera la tabla de panes o las latas con tortas amasadas en la intimidad del hogar modesto. Otras veces la vemos caminar a la *fuelle de Borrego*, la antiquísima, pegada a los muros de lo que fue famosa posada, con el cántaro a la cadera, salvando los hoyos del pavimento o esquivando ruborosa el piropo atrevido de un mozuelo que le quema el oído enredándose en la fresca oreja.

Aquellas fuentes de antaño sabían mucho de confidencias, de susurros, de declaraciones, requiebros y de palabras a media voz. De palabras enamoradas, se entiende. La moza, aturrida, sofocada por tanta galantería, miraba de reojo al mocito que torpe se declaraba, mientras el agua rebosaba juguetona del cántaro sin que ella lo advirtiera, hasta que otra moza oportuna o inoportuna, ¡vaya usted a saber!, la avisaba, despertándola del embeleso, del encantamiento.

Con el cántaro rezumante y el delantal doblado en la cadera para hacer más cómodo el transporte del agua viva, la moza entre un quiero y no quiero que me acompañes, emprende el regreso a casa, escoltada por el mozuelo que no para de tropezar en todos los guijarros de la calle, nervioso sin duda por la declaración que le va haciendo a la moza, que al tiempo que escucha y camina, mira de reojo a las vecinas que comentan curiosas, sin disimulo, el acontecimiento...

En el camino hacen mil paradas sin que la conversación acabe de perfilarse. Más que conversación, es una cadena de monosílabos, en los que predominan el sí y el no, seguidos de un "lo pensaré". Cuando había entendimiento, las palabras discurrían por otros cauces aunque no muy diferentes, pues cualquier palabra amorosa, se consideraba atrevida a la luz del día, en plena calle.

Cincuenta metros antes de llegar a la casa de la bella, el varón tenía que abandonar a su dorado tormento con un incierto "hasta luego", al tiempo que la moza recorre la última distancia velozmente para no desesperar a sus familiares que ya reniegan de su tardanza con la olla "volcada". La moza se disculpa torpe ante el padre con tratamiento de usted, mientras la madre cómplice, la disculpa como puede, amonestándola por bajini...

Después del almuerzo, cuando los hombres se han ido y todo queda en orden, la moza se mira al espejo, hunde las horquillas en el moño y se sienta en la silla baja de la cocina con suelo de yeso, bajo el ventanillo, a bordar sobre el bastidor que apoya en el regazo, recuerdos de su infancia en la escuela de Doña Matilde.

Cuando pasa un rato, la moza presiente que alguien la espera...Es su fino instinto de mujer enamorada quien le avisa. Entonces surge el pretexto: el ovillo que hay que comprar o el agua que hay que traer. También hay que ir al horno a por las papas para el pimentón. La madre, concedora como cualquier mujer de estas necesidades...de estos imperativos

de la hija, accede refunfuñando un poco, levantándose la moza, que una vez más se mira en el espejillo de su alcoba o en el que hay colgado en el rincón de la cocina, alisándose la cabellera y tentando las horquillas del moño en donde prende un flor: una rosa de vivos colores, al tiempo que se asoma a la calle como si nada ocurriera. Y sí ocurre, porque allí abajo, en el olmo de enfrente, junto a la tienda de Faustino, el del Castañar, un mozuelo cortijero con pantalón de pana, no cesa de sacudirse el polvo con la fina pestuga de olivo, disimulando su impaciencia en espera de que la moza asome la cara por el ventanuco o su cuerpo garboso por el tranco de la puerta.

Por fin llega el momento esperado y, el mozuelo alerta, sale tras ella, que al ser abordada, finge estudiada sorpresa. Apareados y distantes, avanzan camino de la fuente o del horno, hasta que el alejamiento del hogar paterno les hace acercarse más y mantener una conversación más coherente, aunque la moza no se decide a pronunciar el sí que el varón a toda costa trata de arrancarle. Tendrá que esperar por lo menos a las fiestas de San Miguel, época de ajustes muleros y compromisos amorosos; de bailes, de paseos incontrolados y diversiones. Entonces hay más tiempo para insistir, para ganarse la simpatía de los familiares de ella y para iniciar el noviazgo.

En el ínterin, ha sonado el esquilón y los muchachos que juegan al balón en la era de San Sebastián, regresan por la calle del *Chorrillo* hablando sobre la próxima junta de la Sociedad que han constituido y dónde se celebrará el gasto, si en la tienda de Salvador Pajares o en el ventorrillo del *Colgado* cuando se pague a Paco Sánchez el nuevo balón de reglamento...Y a esa misma hora, se oye el tilín-tilón del "Santolio" que van a dar a un enfermo y, al tío Franquito *el Cantón*, padre de la moza, subir la cuesta de *la Viñuela* camino del pueblo, que a aquellas horas, humea por todas las chimeneas.

— ¡Antonia, Antonia! — ¿Qué quiere usted, padre? Ese es el saludo habitual, el de todos los días y a aquellas horas, cuando los hombres regresan del campo. La burra se mete sola en la cuadra y la hija ayuda al padre a transportar los aperos, mientras la madre, arriba, en la cocina, pone los manteles para la cena en la mesita de madera cercana a la lumbre, a cuyo calor, los hombres se descalzan y a la moza se le enciende la cara.

Después de la cena, pocas posibilidades hay de salir a la calle. El padre comenta las incidencias del día con voz entre cansada y autoritaria que nadie se atreve a discutir. Sólo la esposa le hace alguna objeción, mientras la hija, nerviosa por aquello de los amores, atiza el fuego y se asoma fugazmente por el ventanillo y comprueba cómo su novio aguanta a la intemperie las pruebas a las que lo somete el tiempo bajo la luz triste de una bombilla allá en la esquina, ganándose el corazón de la amada.

Una vez formalizado el noviazgo y aprobado por los familiares, la novia estrecha los lazos con la familia del novio, que suplía a éste cuando el galán se hallaba ausente cumpliendo el servicio militar. Sobre todo la cuñada o cuñadas con las que salía casi siempre en olor de fidelidad...

Los noviazgos eran largos, larguísimos, conquistando a fuerza de méritos y paciencia ciertos consentimientos que hacían más llevaderas las relaciones en todo tiempo y en particular en los inviernos, cuando los días son cortos y los conciertos de la banda municipal en plaza, nulos, ocasión y pretexto para enamorar en compañía. Luego, como por etapas, ve-

nía la reja o la puerta y, finalmente, se le permitía al novio entrar en la casa y sentarse a la lumbre o en la mesa camilla al lado de la novia que, colorada como una amapola, aguantaba con estoicismo los ataques más o menos posibles y velados del mozuelo por debajo de las faldillas, mientras la suegra inoportuna no cesaba de mover el brasero para dificultar posibles internamientos de la mano del varón que buscaba insistentemente palpar los muslos apretados y ardientes de la doncella cuya temperatura reflejaba en la mirada. El beso era una quimera, un sueño, que pocas veces se realizaba. La ocasión sólo se daba en la reja, cuando se *pelaba la pava* por este sistema. Eran besos de mejilla, casi robados, después de solicitarlos una y mil veces. Algunas mozas se ajaban, con los deseos insatisfechos, recordando su lozanía en el matrimonio consumado, volviendo el brillo a sus ojos y a su pelo, que delataban su dicha y felicidad, apareciendo en el de nuestra moza y en el de otras muchas más bello y más lustroso al enroscarse en un hermoso moño.

A título de curiosidad diremos que la importancia del moño era tal que provocó serios disgustos en muchas familias cuando a la niña se le ocurría cortarse el pelo sin consentimiento familiar, recordando a este caso el de Valentina, la hija de Antonio *el Realillo* que, al no pedir permiso a su padre para quitarse el moño y dejarse melena, su progenitor enfurecido, la peló a rape, lo que originó gran revuelo en el pueblo.

Además de esta moza singular que comentamos y que ha sido inspiradora de este comentario, diremos que por aquellos tiempos había muy guapas mozas que llevaban muy bien el MOÑO, y que sin duda estaban más bellas con él que cuando por imposiciones de la moda se lo quitaron, recordando con este propósito el gran moño que lucía la hija del tío Juan *el Talabartero*; las hermanas *Rabanico* y *Jarama*; *Perichal* y *Cocote*; Isabel Navajas, Lucrecia; Nieves Bello, la *Pucheritos* y otras más, entre las que recordamos a las hermanas de Antonia, nuestra protagonista, todas, como decimos, con bellos moños que resaltaban su belleza y dejaron un grato recuerdo de nuestros años jóvenes.

